

# EL CONVENTO DE SANTA CLARA

Aquel pintoresco y escondido trozo de ciudad, florecida de leyenda, que se nos ofrecía tras un letargo no turbado de tres siglos, el viejo convento, recio, vetusto, callado, austero y majestuoso en su pobreza, en sus fornidas y anchurosas tapias y murales recubiertos por la añosa costra del tiempo que los viene patinando en la morosa lentitud de su quieto devanar, fué durante dos meses, como un símbolo de idealidad en medio del calenturiento, áspero e intenso vivir de nuestra Habana muy Siglo XX.

Allí, junto a la casa "del marino", que habitaba el corsario de romántica memoria a quien la imaginación popular, rica y pródiga, hizo héroe de novela, escandalizando a los seducidos, graves y rigurosos historiadores,—que lo diga el Capitán Quijano, siempre combado sobre los papelse viejos, siempre acatando con obediencia de soldado, las leyes estrictas de la verdad más escrupulosa—, se rindió homenaje al pasado... o a la poesía del pasado y se encomió la noble gracia de las cosas de antaño.

En aquella parte que dimos en llamar "La Habana Antigua", porque quedó entre los altos muros del Monasterio enclaustrado un tramo de la villa de nuestros abuelos colonizadores, perduró siempre, y todo lo recordaba, en el recinto que meses antes santificaban "las florecillas" del Seráfico Mendicante de Asís, las mil pequeñeces y delicadezas, la espiritualidad de la vida conventual.

Desde el nuevo convento, las reverendas Madres Clarisas, colaboradoras en nuestra obra, las monjitas clarisas, decíamos, nos enviaron cuadros, muebles y reliquias.

Para la reconstrucción de aquella antigua celda, la Reverenda Madre confió a nuestro cuidado y respeto el ajuar completo de la estancia monjil... la dura tarima y el blanco paramento que les sirve de cama y que nos hacía pensar en aquel otro áspero lecho de la dorada leyenda, hecho con las copas de vid y con un leño, donde reposaba en el dormitorio largo y estrecho de San Dumlán, su cuerpo abrazado por el cilicio de crines, aquella patriótica Clara Scifi, que hubo de trocar, escuchada la encendida palabra, cálida del espíritu divino del Poverello, por la tosca jerga y la cuerda de nudos, su rico ceñidor, de perlas y preciosas gemas recamado, cubriendo con el espeso velo de humillio su rubia cabeza tonsurada.

El clásico fraillero de vaqueta, el pequeño taburete, la mesa, el crucifijo, la jefaina, el cántaro, el tentemozo y el candelero, el reloj primitivo que marca al pasar de la menuda arena, el término de las oraciones, el canastillero donde guardan las religiosas sus labores... Todo cuanto en ese suave misterio de la celda compone la intimidad que nos está vedado traspasar a los

que visitamos las esposas del Señor, siempre separados por el espeso enrejado de las celosías; ese misterio, sin sombras, que ha servido a algunos para explotar mediante unas pesetas, la credulidad contentadiza del pueblo burlado, y que ellas mismas nos descubrían con bondadosa complacencia.

La imagen de Santa Clara de Asís, de la Santa Maire fundadora de la Orden, también no sólo nos fué confiada a nosotros sino a la respetuosa consideración del pueblo que había de franquear los quiciales de aquella parte del convento que no profanaron nuestras manos; y esto nos holgamos en decirlo con muy gran contentamiento.

A los pies de la imagen, la piedad de sus fieles y devotos, mantuvo siempre frescas, en los búcaros antiguos que mandaron también las Clarisas con premeditado intento, las flores que desde lejos venían a ofrendarle.

En días de afanoso trabajo cuando organizábamos sin elementos y discutidos recursos materiales las exposiciones de arte, hubimos de visitar el nuevo Monasterio; las monjitas mostrábanse muy satisfechas del interés que nos inspiraba aquella santa casa que abandonaron para siempre con mal acallada melancolía, acaso lanzadas y defraudadas por la diligente solitud de consejeros a quienes sonreía la suerte en aquella enloquecedora danza de los millones, con propicia oportunidad de copioso y fácil medio.

Y una mañana de muy buena hora,—confesamos el pecado de una curiosidad jamás satisfecha, y no haya rubor en dejar también sentado, cuanto nos turbaba la idea de hallarnos frente a frente, de improviso con la Abadesa de aquella comunidad de religiosas enclaustradas, que nos imaginábamos, recogiendo las equivocadas versiones de algunos amigos, viejas, ceñudas y enfermas que arrastrándose penosamente como figuras yacentes que se hubiesen incorporado roídas por los años, lúgubres sombras, vendrían al locutorio a fignarnos infundiéndonos un vago temor, una angustiosa desazón.

¿Qué nos dirían aquellas damas enclaustradas, con la voz doliente y trémula que había de sonar a muerte en nuestros oídos cual si subiese de las negruras de una cripta?

¿Cómo nos mirarían fijos escrutadores los ojos secos y severos a través del velo impenetrable?

¿Y qué sonrisas desabridas, adivinábamos encubiertas por la toca y el humillio, en las bocas marchitas!

Acudimos a la cita otorgada amablemente con cierto temor de deshechar el encanto de una trama sentimental que en las tardes del convento... del convento "nuestro", después del incansable traginar del día, cuando se apagaba en la bendita casería el último ruido, nos era grato urdir en la soledad de algún

apartado o escordido patizuelo.

La realidad ¿había de turbar nuestra poética visión?

Nos hicieron pasar de seguida al locutorio, donde las Madres ya nos aguardaban y la angélica salutación, Ave María Purísima, nos fué devuelta por una voz dulce y simpática.

La Madre Abadesa no se arrastraba penosamente como ya nos anticipábamos representándonos la solemnidad de aquella enrevista; el velo impenetrable fué finísimo ceñdal que nos permitió ver sin dificultad rostros amables y sonrientes con una expresión de bondad acogedora y sencillez que infundía confianza y afectuoso respeto...

Y cuando oímos la campana que avisaba a las monjitas la ya cercana hora del yantar, llamándolas al rectorio, habían transcurrido, gratísimas, leves, dos largas horas que robábamos a nuestro trabajo, en plática sabrosa y amena, que la Madre Contadora nunca dejó desmayar.

¡Ay! Las monjitas no olvidan el viejo convento.

Nos interrogaban con el interés amoroso que indaga la suerte que corre algún ser querido que ya hemos perdido o a pesar nuestro, o de quien nos separa la villa, las circunstancias, el tiempo o el mar...

Dábase mucha complacencia oírnos repetir que nosotros también amábamos aquel vetusto monasterio y asentíamos a las celebraciones que la Madre Contadora hizo con celuroso entusiasmo, de la santa casa donde había transcurrido en mensa y purísima alegría su primera juventud... Hasta en un arranque de sinceridad no pudimos ocultar que en el Monasterio nuevo, llamante, de una diaphanidad que daba por su áureo esplendor nuestra retina, obligándonos a fruncir los ojos de continuo, faltaba aquel ambiente de misticismo, de devoto recogimiento... Aquella poesía de santidad noble y sencilla, amorosa como un villancico, del convento centenario.

Las monjitas creían contemplar a través de nosotros la sombra de los muros sagrados... Nos recibían siempre gozosas, porque llevábamos en los pliegues de nuestro traje, el polvo de las baldosas del viejo Monasterio, porque veníamos de "allá", del claustro, de la celda de la Madre Santa María de Jesús, convertida en exposición de muebles árabes de la antigua Iglesia...

Eramos para ellas, el último estabón que las unía al convento abandonado; como una ventana abierta al corazón del recinto bendito... Una ventanita que dominara el patio, amplio, risueño, florecido, bañado en la alegría del sol tibio y dorado que juega entre las hojas y las ramas donde los pájaros mañaneros se detienen, vibrando, a tomar el baño azul generoso de luz y de calor...

Y porque despertábamos el recuerdo de las piedras amadas, porque también nosotros, como ellas, éramos pagados de la tradición, del prestigio sentimental de aquella her-

mosa casa pobre, sin alardes de riqueza arquitectónica, fué en toda ocasión nuestro mejor deseo el complacerlas, que con muy poca cosa, habrían de contentarse ellas.

Un poco de ternura y de respeto hubiera sido grato al corazón de las buenas religiosas al otro lado de la Habana Antigua... Además los umbrales que demarcaban las fronteras también definidas de nuestros dominios.

¿Y por qué no de agradecimiento? Las monjitas prestaron tan generoso apoyo, desde el místico colmenar elaboraron con tan eficaz empeño al buen éxito de la exposición que si bien es cierto que el claro nombre y el prestigio de unos, es doble provecho y valimiento para aquellos que a buena sombra se amparan, merecieron ser tratadas con más hidalga cortesía, con más caballeroso comedimiento.

No hace dos días fuimos llamadas por la Reverenda Madre; devolvíamos a los señores expositores los préstamos valiosos, sin experimentar la más leve contrariedad por pérdida de algún objeto cedido a instancia nuestra.

Volvía a su nuevo convento la talla de la Santa, el cuadro con la milagrosa escena de los panes benditos por Santa Clara, el castizo armario donde se guardaban las tortas cuyo producto servía para las limosnas y caritativas necesidades de la comunidad... Otra vez quedaba solo, abandonado, mudo el viejo Monasterio.

Y nosotros nos repetíamos entonces la anhelante pregunta que empañó los ojos de las pobres monjas desterradas.

—¿Qué harán del convento?

Me parecía oír la voz de la Madre Contadora volcando el alma en sus palabras, con ligero temblor de tristeza...

—¡Mutillarlo, derrumbar aquellos muros recios! ¡Tantas vidas santas que desfilaron por aquellos claustros!... ¡Tantos recuerdos...! Arrancar una página de piedra de nuestra historia!

Para muchos, para la inmensa mayoría aquel caserío enclaustrado, inutilizado para el comercio, para las mil exigencias de nuestra vida moderna, es un estorbo, un estorbo venerable que surge de improviso en lo más céntrico de nuestra ciudad, anaacrónico y arcaico.

Pero en fin de haber sido posible, también el viejo león de piedra, el recio peñón que avanza cantinela, secular y avizor guardián de nuestro puerto, que ha contemplado incommovible el vaivén de tantos días sosegados o tormentosos, hubiese desaparecido sin duda, porque era molesta a algún señor poderoso e influyente del momento, su recia vejez de patriarca sin achaques ni

carcomas, su fortaleza maciza, invulnerable, soberbia; eterna como el mar que rugie sacudiendo, amenador o acaricia, lamiendo, a sus piés...

Y hubiésemos amanecido un buen día de dios sin el Morro, preguntándonos—sin condolernos más de lo que conviniere—, qué había sido de aquel castillo histórico, que veíamos siluetaarse grandioso y severo en el azul del horizonte...

No, en Cuba, sentimos el apego al pasado... Nos falta ese refinamiento que da una bien timbrada nobleza del espíritu: el amor a la tradición y el respeto a la historia. Vejeces... Atraso, "españolismo".

Sin embargo, a pesar de la última estadística de analfabetos, se habla de "adelantos" de modernismo y de mucho "progreso"... Y es necesario destruir lo viejo!

En Santa Clara—y ahora nos referimos a la ciudad—, amenazan las picas demoleedoras, la iglesita de los "plongos".

Una pequeña iglesia colonial, pobre y desnuda—porque en Cuba siempre lo fué, y elegante sin alifios ni artimañas, sobriedad castiza, escueta, a veces señorial, el legado de arte de la Metrópoli que no dejó huellas de artístico esplendor: una iglesita aldeana, acreedora a ser respetada, mantenida como histórica reliquia por esta nueva generación de villaclareños que no quieren conservarla...

¿Hemos puesto acaso el menor empeño en sostener también intacta, definida, nuestra personalidad? Al contrario, diríase que nos habíamos acordado todos—todos los que pudiéramos llamarnos con una entonación enfática, de vanidad hueca, satisfecha, ampulosa, las clases altas las clases directoras—, para destruir minuciosamente, con cuidado insistente, con chirle criterio, las peculiaridades, las pintorescas costumbres, el sabor, el cuadro luminoso y verdadero de nuestra vida nacional.

La Reverenda Madre nos llamaba para insinuaros una súplica. Y acudimos, después de cerrar melancólicamente, por última vez las puertas de nuestra famosa Habana Antigua.

Pronto sentíamos nosotros la misma "saudade", la nostalgia del rincón, que descubren las monjitas al hablar del ya marchito huerto franciscano. La entrevista fué corta; las monjitas estaban dolidas y se nos quejaron con amargura; las groseras imposturas, las farsas que a costa del buen nombre de aquella comunidad se cometían en el aljibe transformado por arte del ingenio burlesco y sin donaire...

Y las monjitas, a quienes el pueblo cree ricas porque vendieron su convento en aquella danza enloque-

cedora de millones, y que son pobres y aún pasan por algunas necesidades, que ellas acatan con resignada dulzura, porque la pobreza, el trabajo y la limosna glorifican los sufrimientos del Nazareno, ven como en torno suyo la rufianesca irreverencia levanta una negra leyenda macabra, odiosa y repugnante.

Las monjitas no se revuelven iracundas y frenéticas de despecho y justificado enojo

Sienten pena, compasiva tristeza por la maldad humana; por la ingratitude que las devuelve mal por bien, por bien que hicieron con mano abierta y generosa; por la inconsciente dureza que jugó con sus sentimientos, por la palurda aspezeza que tronchó el lirio blanco que florecía simbólico, immaculado, fragante de seráfica pureza, para levantar en la huella ideal, aquella repugnante caricatura de falsedades.

Y la Reverenda Madre Abadesa, sin que el más leve pliegue de su cara se contragese de rencor, inalterable la expresión de paz de su semblante, nos pidió en nombre de toda la comunidad, que desmintiésemos la versión grotesca e injuriosa, fraguada por un ingenio rampón y desenvuelto.

L. CABRERA BILBAO

Después de leer este artículo, recibimos la visita de una Comisión de la Exposición Comercial la cual nos explicó cómo fueron desagradablemente sorprendidos por el arrendador del antiguo aljibe del Convento y cómo ellos intervinieron en el asunto y suspendieron inmediatamente su exhibición que pugnaba con el respeto y la devoción que existen por dicho Convento.

Est mismo quedaba confirmado con la carta que sobre este asunto nos ha remitido el R. P. Máximo Cinconandio, Capellán del Conventot de Santa Clara y que publicamos en otro lugar de este número.

Nota de la Redacción.

*DM.  
Jan. 17/23*



PATRIMONIO DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR DE LA HABANA